

DISCURSO INAUGURAL DEL 64º CONGRESO VENEZOLANO DE PUERICULTURA Y PEDIATRÍA DRA. MERCEDES RAMÍREZ DE MATERÁN

Asumo con humildad y satisfacción, como expresión íntima de mi corazón, el reconocimiento del que soy objeto el día de hoy; agradezco a la Junta Directiva de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría y al Consejo Nacional SVPP, por tan importante distinción y ratifico mi compromiso de continuar mi labor social, tal como me fue inculcada en nuestra querida Universidad de Los Andes, en el Hospital J.M. de los Ríos, Hospital Dr. Jorge Lizárraga y en la Universidad de Carabobo, donde he ejercido mi carrera docente. Un agradecimiento muy especial a todos quienes han hecho posible, que mi labor profesional haya sido reconocida. A mi familia, a mis maestros, a la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría, mis colegas, mis estudiantes y amigos del diario laborar en las salas hospitalarias, en las aulas universitarias y en el ejercicio privado. Pero, fundamentalmente, a los niños y sus familias.

Unas breves palabras para cada uno de ellos. Primero a Dios por mi existencia, a mis padres, ambos con distintos méritos: mi madre, quien determinó nuestro traslado a Mérida para estudiar y formarnos. Mi padre, generoso al permitir que ello se hiciera realidad a costa de su trabajo y sus viajes, para mantener a la familia unida. A mis hermanos, quienes han compartido todos los momentos de mi vida. A mi esposo Nelson quien desde el cielo nos acompaña, gracias por su apoyo incondicional, compañero de vida con quien diseñé mi propia familia. Cumplió muchos roles y en especial, fue bisagra y ancla para que todas las metas trazadas se logaran, la más importante: ver crecer a nuestras cuatro hijas, a quienes transmitimos nuestros valores, convertidas hoy, en madres y profesionales y ahora, el mismo sueño renovado en mis ocho nietos. Todos en mi corazón. Un cariño muy especial a mis hijos políticos. A mis maestros, cuya experiencia y sabiduría transmitida con generosidad, dedicación y disciplina merecen un grato y eterno recuerdo, a Isabel Delgado y Américo Romero de la ULA, quienes descubrieron en mí la vocación de Pediatra; a mis profesores de Postgrado del Hospital J.M. de los Ríos, a mis compañeros y colegas pediatras, con quienes he compartido en cada uno de los centros de salud, aulas de clases y eventos académicos; y a mis amigos, todos ustedes conocen el lugar que ocupan en mis afectos. A Sioly Mora de Orta y a Nelson, su esposo. Amigos, compañeros de promoción, docentes, y aliados en el hacer de la pediatría en la clínica y la investigación. Doy las gracias a Sioly por la Semblanza, y siento su ausencia en este día, motivada a la distancia, que no ha impedido que uno de nuestros proyectos sea presentado en este Congreso: el libro *Leche Humana. Un sistema inmunitario*. A mis estudiantes de pregrado y postgrado, hoy colegas. Cada uno de ellos una in-

quietud, una curiosidad y una vocación que acompañar, para garantizar la sucesión de los pares. Una vitalidad continúa expresada en la formación que ha sido mi motivación para ejercer con responsabilidad la docencia.

Un lugar primordial lo ocupan mis pacientes y sus familias. Ellos son mi desafío y mi logro. Ellos han hecho posible que mi objetivo profesional sea “el de la cultura de la salud y no la cultura de la enfermedad” pues nada es más estimulante para el pediatra que ejercer la Puericultura y disfrutar el desarrollo de los niños sanos. Similares a las que se conjugan con mis sentimientos de esposa, madre y abuela. Hoy, muy especialmente dedicaré este honroso espacio de intervención a la dimensión social de la pediatría mediante la exposición de los problemas nutricionales y sus consecuencias en nuestra realidad venezolana. Pero éste no es un tradicional discurso científico, como médico pediatra acabo de hacer un símil con mis sentimientos de esposa, madre y abuela, en ese mismo sentido necesito expresar mis preocupaciones sobre la situación venezolana y nuestra responsabilidad como pediatras en este desafío.

Nutrición es alimento, y nuestro primer alimento es la leche materna, una de las bases de mi trabajo científico y profesional, de allí que la imagen con la cual quiero introducir el tema sea *El Mito de la Loba Capitolina*. Según la mitología romana, en Alba Longa, una ciudad fundada por Ascanio, hijo del héroe troyano Eneas, el Rey Numitor fue despojado del trono por su hermano Amulio, quien lo capturó, mandó a matar a todos sus hijos varones y obligó a su sobrina, Rea Silvia, a hacerse sacerdotisa vestal, lo que implicaba que ella debería mantener la castidad. Sin embargo, Rea Silvia acababa de tener dos hijos de Marte (dios romano de la guerra), a los gemelos Rómulo y Remo. Para salvarlos, su madre, los arrojó al río Tiber y como un milagro, el cesto con los niños llegó hasta las riberas del río cerca del monte Palatino, donde fueron encontrados por una loba que los amamantó: Luperca, enviada por el Dios Tiber a proteger a los gemelos conteniendo todos sus instintos animales, menos el maternal, hasta que, un pastor de ovejas llamado Fáustulo los recogió y crió con su mujer Aca Larentia. Años más tarde, Rómulo y Remo retornan a Alba Longa. Luego de conocer sus orígenes mataron a Amulio y devolvieron el reino a su abuelo Numitor. Éste agradecido, les concede las tierras del Alto Lacio donde los gemelos decidieron fundar una nueva ciudad en el lugar donde habían sido amamantados por Luperca; Rómulo quería llamarla Roma y edificarla en el Palatino, mientras que Remo deseaba llamarla Remora y fundarla sobre el Aventino, conflicto que condujo a Rómulo a matar a su hermano Remo y fundar su nueva ciudad. Roma,

que hoy se celebra en una, desde entonces controversial fecha con la que nadie está conforme, el 21 de abril del año 753 a.C., siendo él, su primer rey. Roma, original y creadora, la cuna de la civilización occidental que rigió por siglos el destino del mundo. Creó las normas de convivencia a través del Derecho y la Romanitas, aun hoy reconocida como la civilización latina. Roma, que creó los caminos entre Occidente y Oriente logrando extender sus territorios imperiales, cuyos trazados han sido seguidos por las modernas vías de comunicación. Roma que creó monumentos y obras públicas que revelan su eterno poder y técnica; Roma que creó el Latín, desde donde se originaron casi todas nuestras lenguas; Roma que convirtió en clásico el pensamiento y el arte griego; Roma que sirvió al Cristianismo para su organización y expansión. Roma inicia su historia a través de una significativa referencia: la primera reseña histórica sobre la importancia de la lactancia natural, aun en circunstancias extremas de dificultad o carencia.

2.771 años después...“Luperca. La vida es la leche” es el nombre de un espectáculo de danza que trata sobre la identidad y los orígenes, que se presentó el año pasado en la Barceloneta, España, nos permite reconocer nuevamente, que Roma y su mito forman parte de nuestro imaginario colectivo con tan esencial referente. “La vida es la leche” en la Roma de Luperca y en todos los tiempos de paz pero sobre todo en las dificultades, en los tiempos de escasez y de carencias. En la actualidad, a los médicos se nos ha insistido sobre la enorme importancia de la “Medicina basada en Evidencias” dejando un tanto de lado aquello que pudiera significar la experiencia personal no evidenciable, no reportada en los foros nacionales ni internacionales. Estamos asistiendo en nuestro medio, aquí en nuestro país, otrora líder regional e internacional en logros diagnósticos y terapéuticos a un momento que jamás creeríamos que pudiéramos vivir en nuestra práctica puericultora y pediátrica: el ejercicio de la pediatría, de la medicina en general “basada en la carencia”.

Expresare algunos argumentos: Cualquier revisión a la evolución de las condiciones de salud de los pueblos pone ante nosotros una triste realidad, en la que siempre han sido los niños, nuestros pequeños pacientes, los más afectados por las condiciones de vida en cada momento de la historia. En un ayer lejano, su fallecimiento temprano era una determinante fundamental del lento crecimiento de los grupos humanos esparcidos por el mundo. Los pediatras que nos precedieron en el siglo pasado, integrados al desarrollo de las ciencias médicas en general y conscientes de su responsabilidad social, asumieron el desafío que esa realidad planteaba y promovieron, paso a paso y con no pocos esfuerzos, las acciones que la cambiante realidad les permitía para lograr los avances que algunos de nosotros pudimos apreciar en los primeros años de nuestro ejercicio profesional. Uno de los elementos más notorios a los que la Pediatría pudo contribuir de manera significativa, en nuestro país y en todo el mundo, fue la integración conceptual de lo tradicionalmente médico con

la básicamente social, resaltando el valor del concepto de prevención como componente fundamental de la práctica médica, mostrando su impacto evidente en los logros observados en la lucha contra la desnutrición y sus consecuencias. La desnutrición, que por años mostraba su presencia en las salas de Pediatría con el dramatismo del Marasmo y el Kwashiorkor, y de las frecuentes complicaciones asociadas a su impacto sobre la capacidad inmunológica del niño; quien apenas ocupaba un pequeño espacio en la cuna hospitalaria, se hizo cada vez menos frecuente: No solo por la evolución del conocimiento de la nutrición como ciencia, sino por el importante papel de las vacunas y la educación en el enfoque integral de la atención de los niños. La Pediatría había asumido ese enorme desafío. Quienes conocieron y vivieron en su práctica diaria la trascendencia de ese reto y sus evidentes logros, nunca pudieron imaginar que, no solo retrocederíamos a tiempos como aquellos, sino que ahora esta absurda realidad se nos muestra, de manera tan patética. Nunca pudieron pensar que, más allá de los déficits que pudieran reflejar las Hojas de Balance de Alimentos, si existieran, porque hoy no se publican, veríamos registradas a familias enteras, con sus niños, buscando qué comer en la basura. Nunca pudieron imaginar que enfermedades controladas, y hasta erradicadas, resurgirían por el abandono de programas tan fundamentales como los de vacunación. Nunca pudieron considerar la posibilidad que, enormes porcentajes de niños venezolanos tuvieran que abandonar sus escuelas, por no poder satisfacer sus necesidades alimentarias básicas. Nadie pudo alguna vez plantearse que la Pediatría venezolana tuviera que asumir un desafío similar. Pero absurdamente más grave, en el que sus pequeños pacientes vieran tan seriamente amenazado, no sólo su presente por las deficiencias nutricionales severas por falta de alimentos, y las complicaciones derivadas de la desaparición de programas fundamentales de vacunación e alimentación, sino también que se pondría en riesgo su futuro, por las inevitables consecuencias de la conjunción del impacto de la desnutrición sobre su desarrollo cerebral y el abandono escolar.

En este orden de ideas, otro elemento a considerar en la situación nutricional de la población venezolana lo constituye el Saneamiento Ambiental. En el siglo pasado, los programas de alimentación incluían un componente de uso universal, los cursos de manipulación de alimentos, destinados a garantizar el respeto de las normas, para evitar que estos fueran vehículos de agentes patógenos causantes de intoxicaciones alimentarias y enfermedades diarreicas, entre otros. Hoy cabe la pregunta: ¿serviría para algo un programa de este tipo cuando la gente busca qué comer en la basura o cuando el agua para consumo humano está comúnmente contaminada y además restringida debido al poco o ningún mantenimiento de los afluentes y distribuidores? En este mismo marco de referencia es necesario revisar los programas de Educación Nutricional, sean estos para promover una buena alimentación o para tratar problemas asociados. Se trata de la necesi-

dad de mantener el equilibrio necesario entre los macro y micronutrientes. Con el fin de facilitar el proceso de promoción del equilibrio entre los componentes de la dieta; en el año 1991, se publicaron las Guías de Alimentación para Venezuela. Desde entonces, este concepto ha sido dejado de lado, no solo en la Educación Nutricional propiamente dicha, sino porque los programas de alimentación ya no existen. Aun peor, ni se consideran en el único programa de distribución de alimentos que escasamente se adelanta en Venezuela: el CLAP, el cual es gestionado de manera discriminatoria, excluyente y no continua, pero esencialmente, utilizado como instrumento de sujeción política.

Otro aspecto a referir en esta argumentación es el tema económico, especialmente, la inflación y su papel como determinante en la falta de acceso a los alimentos que necesita la familia venezolana. Una frase que podría ilustrar este tópico fue dicha por Abraham Horwitz, para entonces Director de la Oficina Sanitaria Panamericana en el Primer Simposio de la Fundación Cavendes en Caracas en 1985, cito: “Nada es más sensible a la fluctuación de precios que la pobreza”. Este diagnóstico nefasto de nuestro territorio que se describe con términos de falta, ausencia y escasez, entre otros, debe analizarse dialógicamente también desde lo interno, desde nuestro yo fundamental como seres humanos y profesionales, como Médicos Pediatras. Hoy, ante las exigencias de nuestra profesión y los grandes desafíos de la contemporaneidad, la senescencia profesional es temida por los médicos, me atrevo a decir que más que en cualquier otra disciplina. La velocidad de los adelantos diagnósticos y terapéuticos hace que este proceso de senescencia se vea acelerado, especialmente cuando se compara con la experiencia de quienes nos precedieron en el ejercicio profesional. Nos aterra “quedarnos atrás” en los adelantos terapéuticos que debemos ofrecerles a diario a nuestros pequeños pacientes. Las múltiples tareas que ejercemos los pediatras tanto en el medio público como en el privado limitan y complican los tiempos para la investigación y el aprendizaje de los nuevos adelantos médicos en nuestra especialidad. No obstante, ¡gracias a Dios! contamos con recursos extraordinarios de información a través de los sistemas tecnológicos de difusión del conocimiento científico, en las revistas médicas especializadas, a la distancia de un clic. Esta herramienta que nuestros maestros no poseían disminuye en tiempo y espacio el esfuerzo que requiere la actualización en un área o tema, lo cual, estimula nuestro interés y desarrolla nuestras competencias logrando con inteligencia e imaginación superar las limitaciones. Sin embargo, lo más grave y que acelera ese temido proceso de senescencia profesional médica es el saber que en nuestro país, que en nuestro medio, es prácticamente imposible ofrecer a nuestros niños enfermos el tratamiento óptimo, el de primera elección como en cualquier parte del mundo civilizado. Ello nos hace caer en la desesperanza, por cuanto aun conociendo y exigiéndonos el mayor y más integral conocimiento... en Venezuela debemos ejercer la medicina “basada

en la carencia”. Es una paradoja. Sí, porque aún cuando estamos en conocimiento de los más importantes y actualizados avances médicos, nos vemos obligados a recurrir a etapas superadas mediante el uso de técnicas diagnósticas ya obsoletas o en escaso uso, así como la prescripción de medicamentos de segunda o tercera línea que no representan, ni remotamente, el tratamiento de elección en múltiples patologías. Esa desesperanza, que se convierte en frustración profesional: en nuestra angustia humanística, ética y moral, se debe canalizar. Es tiempo de exigencias no de desánimos. Para ello debemos reconstruirnos en la posibilidad de revivir la experiencia positiva de momentos anteriores para que el cuidado del niño siga siendo prioridad a pesar de las carencias.

Por décadas, nuestro mayor reto como pediatras estuvo en la búsqueda de nuevos conocimientos, que aumentaran nuestra capacidad para enfrentar las cambiantes realidades de la salud de nuestros pequeños pacientes. Más allá de la práctica diaria de nuestra especialidad, era necesaria nuestra inmersión en el mundo de la investigación científica, como lo hemos hecho muchos colegas, así como la adopción y difusión de los resultados, los productos de las investigaciones, en condiciones que permitieran la difusión de sus hallazgos. En sí, la dimensión social de la Medicina pudiera ser estimada en la generosidad de quien se forma para cuidar y curar para sanar o mantener sano a su paciente y su entorno. No obstante, estamos hoy ante un reto diferente, que nos exige más y que constituye un salto cuántico en la manera de abordar la gestión de la Medicina en estos tiempos de carencias. Alguien dijo: que Dios daba la experiencia al hombre cuando ya no la necesitaba. No lo creo. Me gusta más la cita de Cervantes, que refiere “La Medicina no se ejerce con las canas, sino con el entendimiento y éste suele mejorar con los años”. En nuestro caso, la Medicina venezolana necesita reinterpretar a sus maestros, en sus experiencias aprendidas con recursos limitados pero con profunda vocación, motivación y conocimientos clínicos excelentes. Aquellos que devienen del trato cercano con el paciente y los saberes que median entre el médico y el niño. Un médico asertivo, investigador y actualizado que, “con la cabeza bien puesta”, a decir de Edgar Morín: satisface y sirve.

Traigo a colación un comentario hecho recientemente por una colega chilena en atención a nuestros médicos que ejercen en su país. Dijo, y fue lo que más me impactó de su testimonio: “esos médicos venezolanos son mejores que nosotros porque miran a los pacientes a los ojos y los oyen en vez de estar absortos en la pantalla del monitor”. Qué significativo este reconocimiento en la visión del otro, de una cualidad que tenemos todos los médicos venezolanos. Somos esos los Pediatras de la Esperanza, llego la hora, forzados por las inhumanas carencias a las que estamos sometidos en especial, nuestros niños, a diseñar una nueva actitud que se evidencie en una conducta cónsona y solidaria en los tiempos que estamos viviendo. Sin abandonar nuestra responsable ac-

tualización profesional, sin caer en reduccionismos o simplismos en nuestro proceder médico. Debemos buscar en nuestros referentes, procedimientos clásicos, tradicionales o modernos que garanticen la óptima atención puericultora y pediátrica, que hasta hace poco formaba parte de nuestra calidad de vida y que hoy, hemos perdido. Somos responsables de sentar las bases de una renovada Pediatría que resultará de estas experiencias y entonces como hoy, estaremos al lado de nuestros pacientes y sus familias garantizando que no formen parte de las estadísticas que no se publican, pero existen; de aquellos seres humanos cuyos futuros son confiscados por las limitaciones físicas y cognitivas. Aquellos que no puedan dirigir un país que los necesitará, más que nunca: sanos, bien alimentados, emocionalmente inteligentes y con las aspiraciones de crecer en libertad, para legar un mejor camino a las próximas generaciones. Hagamos entonces, con voluntad y entereza, de las limitaciones, respuestas creativas, favorecidas por la imaginación de nuestro gentilicio. Volvamos la cara a nuestros inicios y retomemos el ejercicio pediátrico basado en las evidencias presentes e ineludibles, que superaremos más temprano que tarde. En este momento debemos estar más unidos que nunca. Nuestra generación de relevo se ha visto obligada a emigrar. Unos volverán, otros no, pero, todos recibirán conocimientos de estas experiencias

foráneas. Quienes regresen nutrirán a la Medicina venezolana. Mientras eso sucede, propongo que, gracias a la inmensa comunidad venezolana que la diáspora ha extendido como las vías de Roma por todo el mundo, y apoyados en las redes sociales y científicas que se han creado en el ciberespacio, las cuales nos une en la distancia y nos acercan en intereses comunes, creemos una red de solidaridad en el intercambio de saberes logrados en esas experiencias. Una réplica del esfuerzo de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría, que ahora en un escenario sin fronteras geográficas, pueda brindar conocimientos, relaciones, recursos e incluso, patrocinios para apoyar a los pediatras venezolanos. ¡Si de la Leche de Luperca, Roma recibió la vida y de allí se generó el Imperio Romano, a pesar de sus carencias, nosotros también podemos hacerlo para el imperio de la humanidad, de la ciencia, de la ética, del profesionalismo, la inteligencia, y la solidaridad, que haga de la Pediatría como de la Educación, saberes que garantizan el futuro, y al Pediatra, un protagonista de primer orden a la altura de las respuestas que exigen nuestros tiempos, porque nos podemos visualizar que : Venezuela sea el próximo imperio!

Muchas Gracias.